

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VI Jornadas de Jóvenes Investigadores

10, 11 y 12 de noviembre de 2011

Carlos Adrián Garaventa

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Derecho

cgaraventa@live.com.ar

Eje 10. Ciudadanía. Democracia. Representación.

La dialéctica del fascismo: paradoja [in]eludible de la democracia.

Resumen:

Tomando la vieja idea de Platón referente a que la tiranía surge a petición de las masas para solucionar los vicios de la democracia; y articulándola con una suerte de dialéctica del Estado y el totalitarismo desarrollada por Aníbal D'Auria, se desprende la hipótesis de este trabajo: todo fascismo surge de la democracia, utilizando el método democrático para luego destruirla. Esta hipótesis será contrastada con tres hechos históricos: el régimen de Napoleón en Francia —que sería una suerte de fascismo en etapa embrionaria, puesto que este fenómeno político y social se desarrolló como tal en el Siglo XX—; y los regímenes fascistas italiano y alemán.

La importancia de esta idea puede verse en dos aspectos. El primero, es que nos ayuda a definir mejor cuando un régimen totalitario es fascista y cuando no —por ejemplo, las dictaduras militares en la Argentina no fueron fascismos propiamente dichos porque no llegaron al poder a través del método democrático—; el segundo, es que resulta de utilidad para prever cuando en alguna democracia se comienzan a notar raíces fascistas y poder tomar recaudos al respecto. Esto último será estudiado especialmente sobre la base de la política europea de estos últimos años.

**LA DIALÉCTICA DEL FASCISMO: PARADOJA [IN]ELUDIBLE DE LA
DEMOCRACIA.**

CARLOS ADRIÁN GARAVENTA *

* Estudiante de Derecho (UBA), ayudante alumno de Derecho de la Integración (FDyCS, UBA) y redactor de la revista jurídica *Lecciones y Ensayos* (FDyCS, UBA). Quiero agradecer especialmente las correcciones de la traductora pública y abogada María Soledad Manin. Cualquier duda, crítica o comentario es siempre bienvenido: <cgaraventa@live.com.ar>.

“El futuro necesita sangre. Necesita víctimas humanas, matanzas. La guerra interior y la guerra exterior, revolución y conquista: esto es la historia... La sangre es el vino de los pueblos fuertes, y la sangre es el petróleo para las ruedas de esta gran maquina que vuela del pasado al futuro”.

Giovanni Papini, publicado en el periódico futurista *Lacerba* (1913).

“Hay un cuadro de Klee que se llama Angelus Novus. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que le tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y éste deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irretentiblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso”.

Walter Benjamin, *Tesis sobre la filosofía de la historia*, novena tesis (1959).

I. Introducción.

El fascismo es un fenómeno político y social tristemente interesante por las catastróficas consecuencias de su paso por la primera mitad del Siglo XX. Es interesante porque parece inexplicable cómo una ideología que desangró Europa fue popularmente apoyada y podríamos decir que sigue siéndolo en distintos ámbitos de la sociedad actual.

Este trabajo se propone encontrar una explicación a lo que parece inexplicable; cómo el mundo pudo padecer esta enfermedad, como lo definió uno de los hombres más brillantes del Siglo XX (EINSTEIN, 1985: 107). Como posible respuesta presentó la siguiente hipótesis: *El fascismo es consecuencia de la democracia y toda democracia corre con el peligro de convertirse en fascismo*. Esta idea ya se presentaba en el pensamiento de Platón para quien la tiranía surge de la democracia o, mejor dicho, del exceso de libertad que se produce con la democracia, que degenera en caos y entonces el pueblo requiere del tirano que devuelva el orden a la sociedad (PLATÓN, 2007: 353/356). Por eso, el fascismo tuvo —y tiene— tamaño apoyo popular, porque es el orden que viene a solucionar el caos.

La idea de una dialéctica del fascismo la tomo del profesor Aníbal D’Auria que habla — desde una perspectiva anarquista— de una relación dialéctica entre el Estado y el

totalitarismo, explicando que las formas de gobierno autoritarias (tesis) tienden a democratizarse (antítesis) para luego autocratizarse (síntesis); esta dialéctica da lugar a extrañas paradojas, tales como que el pueblo —en el ejercicio de su libertad— apoye formas autoritarias de gobierno (D'AURIA, 2007: 28).

A los fines de mostrar como se ha desarrollado esta dialéctica del fascismo comenzaré por describir la ideología fascista que surge como antítesis de la Revolución Francesa, para lo cual haré un repaso histórico de ésta. Luego veremos la experiencia fascista italiana y alemana para finalizar con el estudio de lo que considero la amenaza fascista de nuestros días.

II. Las cuatro paradojas del fascismo.

Si bien el fascismo se presentó a sí mismo como un movimiento apolítico, lo cierto es que tuvo una ideología política bien marcada. “Fue portador de una ideología negativa o destructiva, en la que, por tanto, se destacan más los odios que los amores, en la que abundan más las negaciones que las afirmaciones” (BOBBIO, 2008: 49). Muchos autores han discutido acerca de qué es lo que niega el fascismo, qué es aquello que odia. Los marxistas, por ejemplo, afirman que el fascismo es una nueva fase en la evolución del capitalismo que se produce como reacción a la Revolución Rusa de 1917 (MELLON y RUIZ, 2006: 133); en este sentido lo concibe el filósofo de Frankfurt Max Horkheimer arguyendo que el liberalismo tiende a transformarse en fascismo cuando no puede justificar más la injusticia de su sistema económico con su ciencia y recurre al terror (HORKHEIMER, 2010: 29/30). En un interesante debate entre los historiadores François Furet y Ernst Nolte pareciera que el extremismo bolchevique detona el extremismo nazista (FURET y NOLTE, 1999: 17); empero, a partir de un detenido análisis de la ideología fascista se llega a la conclusión de que, si bien el comunismo es el detonante del fascismo, lo que éste en realidad odia es la democracia (FURET y NOLTE, 1999: 41/42). El enemigo del fascismo es el gobierno que se instaure producto de los ideales de libertad e igualdad impulsados por la Revolución Francesa. Los fascistas buscarán eliminar estos ideales, querrán borrar de la historia esta revolución.

Las cuatro paradojas del fascismo surgen de sus cuatro elementos distintivos. Esta ideología que se opone a la Revolución Francesa es heredera de las reacciones conservadoras contra la ilustración y, en consecuencia, contra el liberalismo; es por ello que el fascismo es esencialmente antiliberal. Como se opone a las ideas del liberalismo es antiigualitario; el fascismo parte de la base de que las personas son naturalmente desiguales entre sí y esto es lo que lo define como una corriente política de derecha si seguimos el esquema que nos brinda Norberto Bobbio; según el cual lo que diferencia izquierda y derecha es la posición que se

toma con respecto a la igualdad (BOBBIO, 1995: 135), mientras la izquierda es más igualitaria la derecha es más desigualitaria (BOBBIO, 1995: 144). Por ser esencialmente antiliberal y antiigualitario el fascismo es antidemocrático: partiendo de la idea de que los hombres son desiguales, el fascista entiende que hay hombres mejores y peores y que sólo deben gobernar los mejores, mientras que la democracia es el triunfo de la cantidad por sobre la calidad. En este sentido, se sostiene que “la moral democrática es una variante de la moral de los esclavos: el rebaño que toma el lugar de pastor, aquel que nació para servir en lugar del que nació para mandar” (BOBBIO, 2008: 56). Por antiigualitario y antidemocrático es, finalmente, profundamente antisocialista. Norberto Bobbio explica que el socialismo es la excusa fascista para destruir la democracia; y para ello toma como punto de partida a una cita de Charles Maurras que vale la pena reproducir: “¿Queréis terminar con el socialismo? Derribad el régimen electoral; vuestro mal proviene de él y sólo así tendrá fin” (BOBBIO, 2008: 50).

De estos cuatro elementos surgen las cuatro paradojas. La primera está dada porque, si bien el fascismo se opone a las ideas del liberalismo, este antiliberalismo es meramente político, ya que los fascistas son protectores del liberalismo económico, incluso la economía de mercado les proporcionaba fundamentos para sostener su darwinismo social (MELLON y RUIZ, 2006: 147/148). Podríamos decir, parafraseando a Theodor Adorno y Max Horkheimer, que los fascistas eran liberales manifestando su opinión antiliberal (HORKHEIMER y ADORNO, 2009: 243).

La segunda paradoja está dada porque, si bien el fascismo es antiigualitario, crea una ficta idea de igualdad a partir de su retórica nacionalista. Los fascistas, como movimiento de derecha, niegan la igualdad entre los hombres, defenestran la idea rousseauiana de que los hombres son naturalmente iguales —más allá de las diferencias físicas que tienen entre sí— y que ellos mismos han creado la desigualdad a partir de la institución de distintos privilegios que algunos gozan en perjuicio de otros (ROUSSEAU, 2007: 9-35). Sin embargo, proponen una sociedad heterogénea e interclasista (BOBBIO, 2008: 62); el nacionalismo fascista elimina las clases sociales y traslada los conflictos y luchas sociales del plano nacional al internacional (MELLON y RUIZ, 2006: 142).

La tercera paradoja es la que estudia este trabajo y apunta a que, en tanto antidemocrático, el fascismo se establece en el poder a partir de la democracia con el objetivo de destruirla. El interés que despierta este fenómeno es innegable, a diferencia del conservadurismo del cual el fascismo es una especie de sucesor, este último logra calar hondo en el pueblo y consigue el apoyo de las masas para destruir aquello que les permitió apoyarlo. “El fascismo comportaba

orden, regeneración nacional, alejamiento del peligro marxista y reconciliación entre pasado, presente y futuro. El parlamentarismo, por el contrario, era a ojos de los fascistas una estafa oligárquica al servicio del gran capital internacional que había apuñalado a Alemania e Italia por la espalda. El fascismo proponía una auténtica democracia de masas en la que las elites dirigentes accedieran al poder de forma abierta por sus méritos, con el objetivo supremo de engrandecer la comunidad nacional. Elites conducidas por un gran líder carismático que utilizando al partido como intermedio entre él y unas masas aclamadoras incapacitadas por esencia para autogobernarse, por sus inigualables virtudes, estaba en contacto mágico con el auténtico espíritu popular y con las verdaderas esencias de la nación, conduciendo así la nave con rumbo firme y férrea voluntad autoritaria, según las diferentes misiones de Dios y/o la Naturaleza habían asignado a las diferentes naciones y/o razas” (MELLON y RUIZ, 2006: 146).

Finalmente, tenemos la paradoja que crea el antisocialismo fascista. En el pensamiento político posterior a la Revolución Francesa pareciera que el liberalismo es el paradigma imperante ante el cual se rebelan los movimientos contrarios tanto de la izquierda como de la derecha. Este razonamiento lleva a pensar que tanto el comunismo como el fascismo son consecuencia del liberalismo (FURET y NOLTE, 1999: 16) y que ambos surgen con el afán de destruir la democracia burguesa: “[...] el comunista la ve como el terreno propicio para el fascismo, el fascista como la antesala del bolchevismo, pero tanto uno como otro luchan para destruirla” (FURET y NOLTE, 1999: 62). El fascismo comparte este fin con el comunismo y se presentará como la revolución anticomunista tomando el lenguaje de los socialistas, proponiendo la abolición de las clases sociales (al igual que ellos); éste es el carácter novedoso del fascismo, lo que lo distingue de sus antecesores y lo convierte en una ideología nueva del Siglo XX (MELLON y RUIZ, 2006: 136); lo que lo presenta como la tercera vía, ni capitalista ni comunista (BOBBIO, 2008: 71); “ya no es definido por una *re-acción* (regreso hacia atrás) a una revolución. Él mismo es la revolución” (FURET y NOLTE, 1999: 135).

III. La Revolución Francesa y el bonapartismo.

La Revolución Francesa es el momento histórico en donde se produce la primera etapa de nuestra dialéctica: un Estado autoritario se convierte en democrático. La revolución cortará la cabeza del monarca por derecho divino Luis XVI e instaurará un gobierno del pueblo francés. La Revolución Francesa tuvo antecedentes históricos que enunciaré pero quiero hablar antes del antecedente intelectual, la ilustración. Mi deseo de pronunciar algunas palabras sobre la

ilustración no es un mero capricho: el fascismo recibirá asidero ideológico de las distintas reacciones a la ilustración que se produjeron en el Siglo XIX.

Durante la época del Imperio Romano, la ciencia y la técnica, así como el poder político recaían en manos del imperio. Con su caída, y la instauración de múltiples principados, fue la Iglesia Católica la encargada de ocupar el vacío político e intelectual que Roma había dejado vacante. Como muestra Umberto Eco en *El nombre de la rosa*¹, los secretos de la ciencia eran ocultados del mundo por la iglesia que explicaba el mundo a partir de la voluntad divina; esto es lo que la ilustración va a llamar el oscurantismo. “El programa de la ilustración era el desencantamiento del mundo. Pretendía disolver los mitos y derrocar la imaginación mediante la ciencia” (HORKHEIMER y ADORNO, 2009: 59). Podemos señalar como punto de partida de la ilustración a la publicación, en 1637, de la obra el *Discurso del método* de René Descartes en idioma francés, ya que el objetivo de Descartes no era ser leído por la elite intelectual sino por el pueblo de Francia (ALBANO, 2009: 8). Siguiendo a Hannah Arendt, podemos pensar el *cogito ergo sum* (pienso, luego existo) de Descartes como un *dubito ergo sum* (ARENDR, 2009: 306): la ilustración nace de la duda, se cuestiona todo. Formulémonos una simple pregunta: ¿por qué Luis XVI y sus nobles gobiernan sobre el mayoritario tercer Estado francés? La respuesta hubiese sido que ello estaba dado por voluntad divina. Pero si el fundamento divino es apócrifo, es un mito oscurantista, es pura superchería, podríamos decir: “¡Dios ha muerto! ¡Dios está muerto! ¡Y lo hemos matado nosotros!”; tomando las palabras de un acérrimo enemigo de la ilustración (NIETZSCHE, 2008: 119). Por esto mismo, es fundamental la importancia de la ilustración en el movimiento revolucionario, por esto cabe pensar que es Descartes en 1637 quien guillotinará a Luis XVI en 1789. Las ideas tienen consecuencias, las de la ilustración causaron sus efectos entre 1787 y 1789, y las de la antiilustración lo causarán en la primera mitad del Siglo XX.

Sintetizadas de manera muy breve las causas intelectuales de la Revolución Francesa, pasemos ahora al desarrollo histórico. Por la simple arbitrariedad de poner una fecha, podríamos decir que la revolución comienza en 1787 cuando el Rey Luis XVI convoca a los Estados Generales —vieja asamblea feudal en donde se representan los tres estamentos de la sociedad: el clero, la nobleza y el tercer Estado— como un intento aristocrático de salvar la monarquía que, a partir de la crisis económica francesa producto de la decisión del Rey de asistir a los norteamericanos en su levantamiento contra Inglaterra, se encontraba sumida en una profunda crisis política (HOBSBAWM, 1971: 58/59). Lo que el Rey no tiene en cuenta es

¹ En esta novela, el lingüista italiano pone de manifiesto, por ejemplo, como la Iglesia Católica oculta la ciencia al pueblo ocultándola en una impenetrable biblioteca (ECO, 2006: 46/47).

que el tercer Estado no es el mismo de 1614, cuando se había enterrado a los Estados Generales. Entre 1614 y 1787, se publicaron el *Discurso del método* de René Descartes (1637), el *Ensayo sobre el gobierno civil* de John Locke (1690) y el *Contrato social* de Jean Jaques Rousseau (1762), entre muchísimas otras obras de la ilustración a favor de una nueva ciencia y una nueva forma de gobierno. Todas estas obras estaban destinadas al pueblo, por lo que el tercer Estado se había convertido en la clase ilustrada que defendería las ideas de libertad e igualdad. Serían dichas ideas las que, junto con la de fraternidad, originarían la revolución que cerró su primera etapa en 1789, cuando se le cortó la cabeza al Rey Luis XVI y a su esposa María Antonieta de Austria.

Instaurado el gobierno democrático, éste comenzará a tener sus primeras reacciones en la asamblea; aquí se genera la primera distinción histórica entre derecha e izquierda referida al lugar en que se sentaban en la asamblea quienes apoyaban las ideas de la *Révolution* (a la izquierda) y quienes se oponían a ella (a la derecha). Las variantes mayoritarias y minoritarias en la asamblea, producto del constante cambio del apoyo popular a un lado y otro del parlamento, originaron lo que se ha dado a conocer como la *época del terror*. Hacia 1794 habían sido guillotinado tanto representantes de la derecha como de la izquierda conforme cambiaba la composición de la asamblea (HOBSBAWM, 1971: 71).

Eric Hobsbawm resalta el carácter ecuménico de la Revolución Francesa que la distingue del resto de las revoluciones burguesas de su época (HOBSBAWM, 1971: 55). Este carácter ecuménico se manifiesta en el internacionalismo, dado que Francia lleva su revolución al mundo. Para 1793, Francia se encontraba en guerra con la mayor parte de Europa; entre los conflictos internos y el constante estado de guerra exterior, no resulta extraño que se destacara la figura de un hábil militar. Napoleón Bonaparte llega al poder, finalmente, en 1799; es nombrado cónsul vitalicio y luego emperador. Alrededor de la figura de Napoleón se crea un intenso mito, “los grandes hombres conocidos que estremecieron al mundo en el pasado habían empezado siendo reyes, como Alejandro Magno, o patricios, como Julio Cesar. Pero Napoleón fue el *petit caporal* que llegó a gobernar un continente por su propio mérito personal. [...] Todo joven intelectual devorador de libros como el joven Bonaparte, autor de malos poemas y novelas y adorador de Rousseau pudo desde entonces ver al cielo como su límite y los laureles rodeando su monograma. Todo hombre de negocios tuvo desde entonces un nombre para su ambición: ser —el clisé se utiliza todavía— un Napoleón de las finanzas o de la industria. Todos los hombres vulgares se conmovieron ante el fenómeno —único hasta entonces— de un hombre vulgar que llegó a ser más grande que los nacidos para llevar una corona” (HOBSBAWM, 1971: 74/75).

Napoleón fue el hombre de la Revolución Francesa y su proyecto político fue la destrucción de la revolución jacobina, del sueño de libertad, igualdad y fraternidad (HOBSBAWM, 1971: 75). Se alzó como el líder tiránico que vino a poner orden ante el caos generado por la libertad democrática; y esto lo hizo con un completo apoyo popular. Napoleón fue el primero en corroborar la tesis de Platón y en mostrarnos la segunda etapa de nuestra dialéctica: la democracia se convierte en autocracia.

IV. El “estúpido Siglo XIX” y el surgimiento del fascismo.

Como vimos en el apartado anterior, el desarrollo de la ilustración fue un elemento esencial de la Revolución Francesa a la que el fascismo odia. Las vísceras de la *Révolution* están constituidas por los pilares *liberté, égalité et fraternité* de los cuales el fascismo aborrece, principalmente, los primeros dos. Así como podemos interpretar que el *cogito ergo sum* de Descartes, o el *dubito ergo sum* en la lectura de Hannah Arendt, termina por cortar la cabeza a Luis XVI en el Siglo XVIII, podemos decir que durante el Siglo XIX se desarrollará una tendencia que predicará que pensar no sirve y que el hombre existe en función de sus sentimientos y su pasión irracional (*nec cogitare nec dubitare: sentio ergo sum*), esta tendencia contraria al iluminismo terminaría por asesinar a millones de personas en el Siglo XX.

Esta reacción antiiluminista tuvo su máximo exponente en el romanticismo a principios del Siglo XIX y luego en un segundo romanticismo a principios del XX. Este pensamiento reaccionario sostenía las tesis de que el hombre es irracional, que lo que lo mueve son sus sentimientos y pasiones; además se apoya en la idea de que todo tiempo pasado fue mejor. Un buen ejemplo del romanticismo puede leerse en Arthur Schopenhauer, que afirma que, como el hombre es irracional, es en el fondo un animal salvaje, una fiera que se mueve por su pasión irracional y tiende a la anarquía (SCHOPENHAUER, 2005: 195). Para los románticos “la organización de la sociedad humana oscila como un péndulo entre dos extremos, dos polos, dos males opuestos: el despotismo y la anarquía. Cuanto más se aleja del uno más se aproxima al otro. Entonces se os ocurre que el justo medio será el punto conveniente. ¡Que error! Estos dos males no son igualmente malos y peligrosos. El primero es infinitamente menos de temer. En primer término, los golpes del despotismo no existen sino en estado de posibilidad, y cuando se manifiestan con hechos, no alcanzan más que a un hombre entre millones de hombres. En cuanto a la anarquía, son inseparables la posibilidad y la realidad: sus golpes alcanzan a cada ciudadano todos los días” (SCHOPENHAUER, 2005: 195/196).

Louis de Bonald, un noble francés exiliado en Alemania, fue de los primeros en representar este movimiento. Caracterizaba a la Revolución Francesa como producto del paganismo y origen del caos. Bonald proponía regresar al antiguo régimen feudal con un monarca absoluto y una nobleza hereditaria que administrara el reino y garantizara la armonía. Las ideas de Bonald fueron complementadas por Joseph de Maistre que tildaba a la *Révolution* como un castigo divino por el protestantismo y la filosofía de la ilustración. “Maistre afirma que los hombres son por naturaleza irracionales, anárquicos y destructivos. Con ellos sólo vale la fuerza y el terror que nadie sabe aplicar mejor que la monarquía y la iglesia, instituciones curtidas en la materia a través de los tiempos. La Revolución Francesa, por el contrario, ha impuesto autoridades racionales y ha dinamitado las tradicionales sembrando el caos” (MELLON y MARCO, 2006: 120).

Si bien el romanticismo, como todas las ideas políticas de la época, tuvo su origen en Francia, se profundizó en Alemania; país en el que se profundizó también la idea del *nacionalismo cerrado*. Éste, por oposición al *nacionalismo abierto* que podríamos definir con sólo citar una parte del Preámbulo de nuestra Constitución Nacional “[...] y para todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino [...]”. El nacionalismo cerrado define a la nación como un cuerpo en donde cada nacional es parte de ese cuerpo en tanto y en cuanto posee determinadas características que lo identifican con él. El nacionalismo fue utilizado a principios del Siglo XIX para que los alemanes no aceptaran las ideas políticas de la Revolución Francesa (que se expandían por Europa por el carácter ecuménico de esta revolución que vimos en el apartado anterior) por ser inferiores a lo alemán —ser lo antialemán— y rechazaran la invasión francesa que se produjo con la llegada al poder de Napoleón Bonaparte. Pero el nacionalismo tendría otra función a finales del Siglo XIX y principios del XX: frenar el avance del socialismo. El nacionalismo creó una ficta idea de igualdad entre los nacionales sin importar a qué clase social pertenecían, o sea que elimina la lucha de clases de la que hablan, por ejemplo, Marx y Engels (MARX y ENGELS, 2008: 81). Empero, como afirma Carl Schmitt, la política es la relación de amigo y enemigo, sin asociación y disociación no hay política, sin conflicto no hay política (SCHMITT, 2002: 31/32). El nacionalismo, si bien elimina el conflicto de clases, pone el acento en el extranjero, la dicotomía no será ya entre proletarios y burgueses sino entre alemanes y judíos, por ejemplo, o argentinos y británicos en la forma en que hizo exaltar el nacionalismo la última dictadura de extrema-derecha que sufrió nuestro país cuando se declaró la guerra por las Malvinas.

De la idea de nación y de naciones superiores e inferiores, comienza a forjarse la idea de la raza y de razas superiores e inferiores. “Barrès concibe a la nación como el lugar trascendente en el que el hombre recibe tradiciones, historia, costumbres, seguridad y sentido de permanencia. Estar arraigado es una necesidad para el individuo, porque el hombre no es dueño de sus pensamientos y emociones, sino tan sólo un vehículo de las fuerzas producidas por la colectividad. La raza y no el individuo, es la unidad de grupo histórica y viva” (MELLON y MARCO, 2006: 125). El racismo se apoya sobre teorías pseudo-científicas, ejemplo de éstas es sin dudas la de los caracteres físicos de la criminalidad de Cesare Lombroso, pero la más conocida es el darwinismo social que predica la superioridad de la raza más apta. Sin embargo, no fue Darwin sino Herbert Spencer quien acuñó la idea de la supervivencia de los más aptos; de la misma forma que el conde galo Arthur de Gobineau publicó su *Essai sur l'Inégalité des races humaines* en 1853, varios años antes de que Darwin publicara su obra en 1859 (MELLON y MARCO, 2006: 121/122). Los racistas sostenían la superioridad de la raza blanca, luego venía la amarilla y finalmente la negra. Las ideas del racismo calaron profundamente en la sociedad e incluso sirvieron de sustento ideológico para la expansión imperialista y el avance europeo sobre África y Asia. Esto se puede ver representado en el poema *The white man's burden* de Rudyard Kipling; que se refiere a la tortuosa carga del hombre blanco llevando su cultura (superior) al mundo incivilizado; pero oculta que, en realidad, el hombre blanco va a asesinar y a oprimir a los pueblos de las razas amarilla y negra y a robar las riquezas de sus tierras.

El nacionalismo, que deviene en racismo, luego devendrá en antisemitismo. De éste se nutrirá principalmente el fascismo alemán que llegará a cometer el asesinato en masa de seis millones de judíos con la *solución final* de Hitler, a través del desarrollo y perfeccionamiento de una industria de la muerte; toda una ciencia puesta al servicio de cómo matar más, y más rápidamente, a la mayor cantidad de judíos. Este antisemitismo, si bien se nutre del antisemitismo religioso creado por la Iglesia Católica, —que define a los judíos como los asesinos de Dios usando como argumento la crucifixión de Cristo—, no se sustenta en una cuestión religiosa, sino en la idea de que la raza judía se mezcla con la raza blanca y la hace decaer. “El antisemitismo fascista quiere prescindir de la religión. Afirma que se trata de la pureza de la raza y la nación. [...] Pero la hostilidad religiosa que impuso durante dos mil años a perseguir a los judíos difícilmente se ha apagado del todo” (HORKHEIMER y ADORNO, 2009: 221).

Muchos autores intentan explicar el fenómeno antisemita del nazismo, hay quienes sostienen que Hitler supo ver la buena recepción social que tenían las ideas antisemitas y las

explotó a favor de su política, utilizando a los judíos como chivo expiatorio de los problemas de Alemania. Otros sostienen que la paranoia antisemita de Hitler provenía de una cuestión revanchista. En este orden de ideas, Ernst Nolte parece encontrar una suerte de fundamento “racional” “a partir de una declaración de Jaim Weizmann, en nombre del Congreso Judío Mundial, en septiembre de 1939, en la que pide a los judíos de todo el mundo que luchen junto a Inglaterra” (FURET y NOLTE, 1999: 19). Lo cierto es que el asesinato masivo de seis millones de personas por el sólo hecho de existir parece escapar a cualquier explicación que quiera darse y tal vez sí sea inexplicable. El antisemitismo nace del racismo que deviene del nacionalismo que surge de una reacción antirracionalista, entonces, ¿por qué deberíamos exigirle racionalidad?

Conocer este caldero de ideas del Siglo XIX es fundamental para comprender el surgimiento del fascismo, porque las ideas siempre tienen consecuencias y las del “estúpido Siglo XIX” fueron dos guerras mundiales con millones de muertos y heridos, un continente entero devastado —dos veces—, dos ciudades japonesas destruidas por la bomba atómica y seis millones de personas asesinadas en masa. “El pensamiento contrarrevolucionario se construyó sobre las ruinas del viejo pensamiento reaccionario, mero exponente de la inmemorial defensa del privilegio por parte de las clases dominantes” (MELLON y MARCO, 2006: 118).

La transformación reaccionaria del nacionalismo culminará con Charles Maurras, éste odia profundamente al capitalismo por imponer el culto al dinero, y a la democracia por corroer la nación, la familia y la tradición. Maurras propone la vuelta a una monarquía tradicional, hereditaria (aunque no por la sangre), antiparlamentaria y descentralizada (para evitar el crecimiento de un Estado republicano o socialista). Sin embargo, la monarquía que propone Maurras no se basa en reyes concretos con mandato divino, sino en la selección natural. El Rey es un funcionario de la nación, al servicio de los intereses nacionales (MELLON y MARCO, 2006: 126). Aquí, la idea de monarquía de Maurras se parece mucho, y hasta llega a explicar, la paradoja hobbesiana de un monarca absoluto elegido por hombres libres e iguales. Hobbes nos dice que: “[...] del pacto de cada hombre con cada hombre, como si todo hombre debiera decir a todo hombre: autorizo y abandono el derecho de gobernarme a mí mismo, a este hombre o asamblea de hombres, con la condición de que tu abandones el derecho a ello y autorices todas tus acciones de manera semejante. Hecho esto la multiplicidad así unida en una persona se llama República, en latín *Civitas*. Ésta es la generación de un gran Leviatán o más bien (por hablar con mayor reverencia) de ese Dios mortal a quien debemos, bajo el Dios inmortal, nuestra paz y defensa” (HOBBS, 2003: 164). El Leviatán de Hobbes es el

paradigma del Estado fascista, elegido por hombres libres e iguales que eligen democráticamente perder su libertad e igualdad. Dicho todo esto, podemos comprender el surgimiento del fascismo. Veamos como se originó en sus principales exponentes: Italia y Alemania.

La unificación de Italia fue alentada por el movimiento del *Risorgimento*, impulsado por la elite italiana a mediados del Siglo XIX. El *Resorgimiento* aspiraba a crear una sociedad moderna y progresista, pero el “nuevo” sistema de gobierno era atrasado, elitista y oligárquico, y estaba constituido por una monarquía constitucional que restringía el sufragio a una elite de clase alta y media. Italia era un país débil rodeado de superpotencias, esto generaba descontento entre los nacionalistas; por ejemplo, el poeta más popular de Italia en la década de 1880, Giosuè Carducci, reclamaba un nuevo nacionalismo y una nueva política de grandeza interior. Entrado el Siglo XX, nacerá un nuevo movimiento intelectual: el futurismo. Los futuristas eran un grupo de intelectuales elitistas y antiparlamentarios que apoyaban el maquinismo y creían en la fuerza de la violencia y la guerra para el progreso. Un ejemplo de sus ideas puede leerse en la cita del periódico *Lacerba* que figura como primer epígrafe de este trabajo. Sin embargo, el núcleo que fundó el fascismo en Italia no surgió de la elite nacionalista sino de la transformación de una parte de la izquierda revolucionaria, en particular del sindicalismo revolucionario. En efecto, Mussolini comenzó su carrera política en el socialismo, del cual fue expulsado por apoyar la participación de Italia en la Primera Guerra Mundial. Terminada la guerra, fundó su propio partido y atrajo a sus seguidores desde los más variados sectores sociales usando el lenguaje revolucionario de la izquierda y nutriendo de esperanzas a los nacionalistas decepcionados por lo mal pagado que fue el esfuerzo italiano en la victoria de la guerra. En 1922 Mussolini llegará al poder con el apoyo masivo de la sociedad italiana y desmontará el sistema democrático estableciendo lo que formalmente se conoce como el primer régimen fascista de la historia².

La unificación de Alemania se produce cuando el poderoso ejército prusiano derrota a Francia en 1871. Este dato no es menor, Alemania se unifica como Estado derrotando a su enemigo histórico que, además, es el principal impulsor de las ideas democráticas por Europa. Rápidamente, Alemania crecerá económicamente desarrollando una industria pesada muy poderosa y se constituirá como imperio bajo el gobierno del *Kaiser*. Esto generaría una exaltación del nacionalismo alemán y generó al finalizar el Siglo XIX el movimiento social

² Existieron regímenes de características fascistas anteriores al de Mussolini; ejemplo de éstos son el bonapartismo o el gobierno de Juan Manuel de Rosas en nuestro país. Sin embargo los historiadores, en general, reconocen en el régimen de Mussolini el primer fascismo.

conocido como el *Völkisch*, término que se deriva de *das Volk* (el pueblo). El *Völkisch* fue un movimiento romántico de un populismo cultural y filosófico de tono místico, que abarcaba una especie de racionalismo muy abstracto divorciado del pensamiento analítico. El *Völkisch* apelaba a la unidad del pueblo pues era esencialmente ultranacionalista. Esta característica de unión y fraternidad caracterizará al fascismo, término que viene del italiano *fascio* y deriva etimológicamente del latín *fascis*, del cual proviene la palabra castellana *haz* utilizada para mencionar el conjunto de algo —en el caso del fascismo, conjunto de nacionales iguales—. Como todo imperio, buscó expandirse pero se encontró con que no tenía lugares que colonizar, ya que las otras potencias, unificadas anteriormente, habían ocupado todo el espacio disponible. A partir de esta situación es que algunos historiadores explican la Primera Guerra Mundial a partir de la premisa de que era una guerra que le convenía a Alemania para destruir el orden imperante, poder expandirse y convertirse en la primera potencia del mundo.

La Primera Guerra Mundial puede concebirse como una guerra de la democracia contra los imperios antidemocráticos, en la que la triunfadora es la democracia. En efecto, en Alemania se instituye su primer gobierno democrático un tiempo antes de que se rinda ante los aliados con al República de Weimar. Estos mismos funcionarios de la República de Weimar son los que firman los tratados de Versalles y son vistos por la sociedad alemana como traidores a Alemania. Ésta es la visión que el conservadurismo muestra de la democracia alemana y a la que el pueblo —que se siente humillado y traicionado— adscribe. Alemania se encuentra sumida en una profunda crisis política que se traduce en intentos de golpes de Estado tanto de la izquierda como de la derecha (por ejemplo el que intenta dar Hitler en 1923) y una crisis económica producto de que se la había obligado a pagar los gastos de la guerra, sumado a la profunda depresión de la década de 1930. Afirma Eric Hobsbawm que el nacionalsocialismo se nutre no sólo de los filósofos e intelectuales románticos del Siglo XIX sino también de un gobierno implacable decidido a terminar con el desempleo y la crisis económica a cualquier precio (HOBSBAWM, 1995: 114/115). Por esto es que el *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* era un partido que recibía sus votos desde todos los sectores sociales de Alemania y lleva a Hitler al poder en 1933 con un enorme apoyo popular.

En estos casos, vemos como se sigue corroborando nuestra dialéctica: comenzamos por Estados totalitarios que lentamente se democratizan y de su propia democracia surge la autocracia. Nuestra hipótesis apunta a pensar que nada nos garantiza estar exentos del fascismo aún cuando vivamos bajo un gobierno democrático y, justamente, esto es lo que estudiaré en el próximo apartado: la amenaza actual del fascismo.

V. La amenaza fascista de hoy³.

Que el fascismo sea una consecuencia de la democracia y que toda democracia corra con el peligro de convertirse en fascismo nos lleva a pensar que nada garantiza que el fascismo esté muerto. No hace falta retroceder muchos años en la historia argentina para encontrar en el gobierno una dictadura de extrema-derecha; y menos aún para encontrar una tendencia antipolítica en el pueblo. De hecho, el mensaje del 2001: “¡que se vayan todos!” puede ser leído desde la óptica de un poderoso anarquismo o desde la de un reclamo antidemocrático donde una parte del pueblo pide a gritos la caída del gobierno democrático. Seguramente, en el cúmulo de manifestantes de aquel diciembre había tanto anarquistas como fascistas. Empero, el mensaje no se difundió con una tendencia hacia el anarquismo sino a conservar el orden estatal pero cambiando los nombres a su mando, que, vale la pena aclarar, habían sido elegidos democráticamente en elecciones legítimas. Podemos ver la tendencia antipolítica con que se transmitió este mensaje si analizamos las noticias que el pueblo consumía. El programa periodístico con mayor nivel de audiencia en esos tiempos era el popular *Detrás de las noticias* de Jorge Lanata, el mismo periodista que, en una entrevista para *La Nación*, (uno de los diarios más conservadores de nuestro país) manifestó que no había diferencia entre Menem, Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner argumentando: “Son políticos ¿no? A ver, ¿en qué se diferencian? Sí, en algunas cosas, pero en un punto son iguales. Estos tipos están haciendo su negocio desde el poder. En el fondo me parecen pobres tipos. Ni siquiera me inspiran respeto intelectual ni nada. Son bastante brutos” (VENTURA, 2001: 23).

También podríamos hablar de la difusión masiva de ideas antidemocráticas que hoy en día se publican en diversas revistas que apoyan las dictaduras militares y, como reacción a los juicios —impulsados por los gobiernos kirchneristas— por crímenes de lesa humanidad cometidos por la última dictadura, profesan la *teoría de los dos demonios* e intentan convencer al pueblo de que apoye a los dictadores. Por ejemplo, la publicación de ultra-derecha *B1. Vitamina para la memoria de la guerra de los '70* publicaba en su séptimo número la siguiente nota de tapa: “José Ignacio Rucci NO descansa en PAZ. COBARDEMENTE ASESINADO por los ‘montoneros’ en 1973. Gobernaba Perón. Hoy sus asesinos IMPUNES, desde el PODER, falsean la HISTORIA y atropellando a los argentinos nos ‘enseñan’ derechos humanos y democracia”⁴.

³ Para profundizar más sobre la temática abordada en este acápite puede consultarse un artículo de mi autoría, titulado “La integración: fase superior de imperialismo. Crítica al súper-Estado y una propuesta diferente”, publicado en la revista *Futuros Abogados Latinoamericanos. Núm. IV, diciembre de 2010*, disponible en: <http://www.futurosabogados.com/2010/12/integracion-diciembre-2010/>

⁴ Los resaltados no me pertenecen.

Podríamos citar infinidad de estos ejemplos para mostrar como la amenaza fascista sigue latente hoy en día. Pero quiero concentrarme particularmente en una: la integración como un nuevo súper-Estado fascista. El escritor integracionista Raúl Granillo Ocampo define a la integración como la unión de unidades previamente separadas en partes componentes de un sistema coherente (GRANILLO OCAMPO, 2007: 49). Esta definición es muy parecida a la que dan de la nación los ultranacionalistas cuando hablan de los nacionales como partes integrantes de un cuerpo; sin embargo, la integración surge de la desarticulación de las identidades nacionales que se produce en la época de posguerra. Jürgen Habermas explica que fueron los tremendos efectos del nazismo los que terminaron por romper la idea de la supremacía racial o nacional y dar paso así a la conformación de una nueva identidad posnacional (HABERMAS, 1989: 92/93). Empero, la conformación de la Comunidad Económica Europea (CEE), con la firma del *Tratado de Roma* de 1957, se diferencia poco de la ficción contractualista de la conformación del Estado moderno y menos aún de la teoría del Estado ético de Giovanni Gentile a la que adscribe el fascismo. Veamos estos dos fenómenos por separado.

La ficción contractualista surge de Thomas Hobbes, este autor “niega la idea de la asociación natural de los hombres y sostiene que ésta se produce por la búsqueda de beneficios, no por el amor al prójimo sino por el amor a nosotros mismos y, por sobre todo, por el miedo mutuo existente en el estado de naturaleza” (BENENTE, 2009: 15). El miedo mutuo en el estado de naturaleza proviene de la concepción antropológica negativa que Hobbes tiene del hombre se rige por un “deseo perpetuo e insaciable de poder tras poder, que sólo cesa con la muerte” (HOBBS, 2003: 106). El jurista italiano Francesco Carnelutti señala que así como el Leviatán se instituye para eliminar el constante estado de guerra — producto de esta naturaleza humana virulenta— fronteras adentro, el Derecho Internacional se crea para eliminarla fronteras afuera; sin embargo advierte que la única forma para que el Derecho Internacional logre esto es que los Estados cedan su soberanía a un ente supra-Estatal dando como ejemplo a los “Estados Unidos de Europa” (CARNELUTTI, 2004: 75/76), antecedente del súper-Estado europeo que aquí estudiamos. Es interesante resaltar que, si bien los autores integracionistas niegan el carácter contractualista de la integración (PIZZOLO, 2002: 90) y explican la asociación de los estados desde el punto de vista de los utilitaristas; es decir, como una unión a favor de la maximización de sus beneficios; lo cierto es que la integración supera la ridiculización que el utilitarismo hace de la ficción de la firma de un contrato que da origen al Estado. (BENTHAM, 1985: 82). Esto se puede observar en los orígenes de la integración europea, que surge después de las trágicas consecuencias de la

Segunda Guerra Mundial en la que murieron sesenta millones de personas luchando, mas seis millones de personas inocentes que la *solución final* del nazismo eliminó por el sólo hecho de existir; y surge de la firma de dos tratados (a los que podemos interpretar como contratos sociales): el *Tratado de la Comunidad Económica del Carbón y del Acero* (CECA) y del *Tratado de la Comunidad Económica de la Energía Atómica* (CEEa o EURATOM). Estos dos tratados están relacionados con la idea del Estado ético —en el cual se fundó el Estado fascista— como súper-Estado europeo.

La idea del Estado ético desarrollada por Gentile consistió en una interpretación de la función del Estado en Hegel que afirmaba que la función del Estado es “proteger la familia y guiar la sociedad civil” (HEGEL, 2004: 344). Sin embargo, la visión del Estado ético es más exagerada que la función ética que Hegel atribuye al Estado. Gentile, como todo conservador, apreciaba más el orden que la libertad, el Estado es la figura que encauza la desbocada libertad (BOBBIO, 2008: 108). Esta idea de los conservadores explica un poco porqué Schopenhauer contraponía el Estado despótico a la anarquía, como vimos en el apartado anterior. La contraposición que marca el escritor alemán se puede observar en la película *Die Welle*, dirigida por Dennis Gansel, en donde un profesor anarquista en una escuela secundaria en Alemania, a partir de un experimento para mostrarles a sus alumnos que el fascismo no ha muerto, los convierte a todos en fascistas en tan sólo una semana. A medida que los estudiantes se van convirtiendo toman como sus principales rivales a sus compañeros anarquistas. Así como la idea del Estado despótico se contrapone al anarquismo, el Estado ético se contrapone al Estado liberal. En la visión liberal del Estado los individuos poseen derechos naturales anteriores a éste que no puede desconocer y que está obligado a proteger (LOCKE, 2007: 116); el Estado ético, en cambio, no respeta ningún derecho anterior a él, sino que él es el que establece qué derechos existen.

Cuando se firman los tratados CECA y EURATOM, el objetivo es poner el manejo de los recursos de la industria armamentista en manos de un ente superior. Pareciera ser que esta estructura superior a sus integrantes (Francia, Alemania, Italia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo) es una suerte de Estado ético que viene a restringir la libertad de administración de estos recursos por sus componentes, entendiendo que éstos los administran mal y por ende generan caos.

Ya vimos como la integración surge como una suerte de súper-Estado, concluyamos ente apartado viendo como funciona nuestro juego dialéctico que nos permite advertir sobre la posibilidad de un brote fascista en la Unión Europea. El integracionista Granillo Ocampo habla en su libro sobre el déficit democrático de la Unión Europea, que surge sin participación

del pueblo en su conformación hasta la creación del Parlamento Europeo y la elección de los eurodiputados por el pueblo, pero que aún no significa una democratización total de la Unión (GRANILLO OCAMPO, 2007: 161/163). Entonces, veamos como juega nuestra dialéctica: la Unión Europea se constituye como súper-Estado totalitario, siguiendo la lógica del Leviatán hobbesiano —al que definí como el paradigma del Estado fascista en el apartado anterior— y del Estado ético de Giovanni Gentile. Luego, este totalitarismo se comienza a democratizar, proceso en el que aún se encuentra. El tercer paso es la autocratización. ¿Es posible esto? Si miramos un poco hacia adentro de la política europea saltará rápidamente a la luz que comenzando el Siglo XXI se instauró una nueva política antiinmigración en toda Europa. Un claro ejemplo de esto se demuestra con los afiches que utiliza la *Liga del Norte* en Italia para transmitir su propuesta política tendiente a perseguir y deportar a los inmigrantes no europeos: en estos afiches puede verse la cara de un cacique indio con la leyenda “*loro hanno súbito l’immigrazione, ora vivono melle reserve!*”⁵. Podría reprochárseme que incurro en un error al generalizar tanto a partir de la propaganda política de un partido italiano, pero la verdad es que esto es sólo un ejemplo. La política europea de los últimos años se ha teñido de un profundo odio a los inmigrantes no europeos. Cuando Habermas explica el surgimiento de la identidad posnacional lo hace a partir de la identidad individual (tradicional) que muta en nacional para finalmente llegar a este último estadio (HABERMAS, 1989: 100/101), pero por qué no pensar que el filósofo alemán está equivocado; que lo que él llama identidad posnacional es, en realidad, una nueva identidad continental o regional que odia a quienes no pertenecen al continente o la región. Esto está pasando en Europa, y la nueva normativa regional sigue esta tendencia y comienza a entrar en el tercer estado de nuestra dialéctica. En este orden de ideas, el Tratado de la Unión Europea (TUE), conocido también como el Tratado de Maastricht de 1992, establece dos pilares intergubernamentales (no comunitarios) dedicados a la Política Exterior y Seguridad Común (PESC) y a la Cooperación en los Ámbitos de la Justicia y en los Asuntos de Interior (CAJAI). Ambos pilares están dedicados a reforzar las fuerzas policiales y militares de la unión en vistas a controlar el crimen organizado, el terrorismo y, entre otras cosas, realizan al control de las fronteras y el flujo migratorio exterior que la derecha europea odia tanto. Estos pilares intergubernamentales fueron reforzados por el Tratado de Ámsterdam que modifica el TUE pero sin convertirlos, aún, en comunitarios; por lo que continúan siendo intergubernamentales. Sin embargo, esto no se queda aquí, el Tratado de Lisboa —que aún no ha sido ratificado por todos los países

⁵ “Ellos padecieron la inmigración, ¡ahora viven en una reserva!”.

Europeos— busca democratizar completamente la Unión, y, al mismo tiempo, supranacionalizar el PESC y la CAJAI (FARAMIÑÁN GILBERT, 2009: 4). De esta forma, los Estados cederían su soberanía en estas cuestiones de fuerzas de seguridad, materia de Derecho Penal y control de fronteras a la Unión Europea. Sería un enorme aparato burocrático con un poder impresionante; ¿no podría generarse un tremendo terrorismo de Estado si, democráticamente, el pueblo europeo decidiera votar a quienes proponen la persecución de los inmigrantes?; ¿acaso la crisis económica europea actual no es el caldo de cultivo ideal para buscar chivos expiatorios como lo fue la crisis de la década de 1930? Estamos en presencia de diversos factores que nos permiten pensar que el fascismo no se ha agotado, como sostienen algunos autores (HOROWICZ, 2005: 50), que está más presente que nunca como una amenaza latente contra la democracia que, paradójicamente, propiciará su retorno.

VI. Conclusión.

A lo largo de todo este trabajo intenté explicar como funciona la ideología fascista y cuál es su caldo de cultivo. La conclusión que puedo extraer no diverge de mi hipótesis: *el fascismo proviene de la democracia y toda democracia corre el riesgo de convertirse en fascismo, la democracia es el caldo de cultivo del fascismo*. Esto nos sirve para pensar que quien hoy afirme que el fascismo está muerto se equivoca. El fascismo es una amenaza latente, como vimos en el anterior acápite.

Sin embargo, considero que hay una forma de escapar a esta dialéctica y está en la destrucción del Estado que la genera. La dialéctica del fascismo se mueve siempre dentro del sistema estatal; quien quiera evitar el fascismo debe evitar el Estado. Esto es lo que han predicado los anarquistas, que se encuentran en la vereda opuesta del fascismo y refutan, utilizando la ciencia, todas sus ideas irracionistas. Vale la pena citar al menos un ejemplo de esto: cuando se habla de darwinismo social, en lo primero que se piensa es en el racismo de los conservadores; sin embargo, el anarquista Piotr Kropotkin critica esta concepción de la supervivencia del más apto utilizando la investigación científica para afirmar que la supervivencia del más apto no se da hacia el interior de la especie sino con respecto a otras, y la especie más apta es la que logra el mayor nivel de solidaridad hacia adentro de sí misma (KROPOTKIN, 2008: 32/33). De esta forma es que el anarquismo presta atención al pilar olvidado, al que el resto del arco político jamás dio importancia: *fraternité*, logrando así un

verdadero alcance de los otros dos: *liberté et égalité*. Pero analizar esto ahora excede el objetivo del presente trabajo⁶.

Bibliografía.

ALBANO, Sergio (2009), “Estudio preliminar”. En DESCARTES, René, *Discurso del método y Meditaciones metafísicas*, Buenos Aires: Gradifco.

ARENDT, Hanah (2009), *La condición humana*, Buenos Aires: Paidós.

BENENTE, Mauro (2009), “Cartografías del pensamiento político de Thomas Hobbes”, en: *Revista electrónica del Instituto de Investigaciones Ambrosio L. Gioja. Año III, núm. 4*, Buenos Aires: Facultad de Derecho (UBA).

BENTHAM, Jeremy (1985), *Fragmento sobre el gobierno*, Madrid: Sarpe.

BOBBIO, Norberto (1995), *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*, Madrid: Taurus.

BOBBIO, Norberto (2008), *Ensayos sobre el fascismo*, Buenos Aires: Prometeo.

CARNELUTTI, Francesco (2004), *Cómo nace el Derecho*, Bogotá: Temis.

D’AURIA, Aníbal (2007), “Introducción al ideario anarquista”. En: D’AURIA, Aníbal (cord.), *El anarquismo frente al Derecho*, Buenos Aires: Anarres.

ECO, Humberto (2006), *El nombre de la rosa*, Buenos Aires: Alfaguara.

EINSTEIN, Albert (1985), *Mi visión del mundo*, Barcelona: Tusquets.

FARAMIÑÁN GILBERT, Juan Manuel de (2009), “El Tratado de Lisboa (un juego de espejos rotos)”. En *Revista Electrónica de Estudios Internacionales. Núm. 17*, Valencia: AEPDIRI.

FURET, François y Ernst NOLTE (1999), *Fascismo y comunismo*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

GRANILLO OCAMPO, Raúl (2007), *Derecho público de la integración*, Buenos Aires: Ábaco.

HABERMAS, Jürgen (1989), *Identidades nacionales y posnacionales*, Madrid: Tecnos.

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich (2004), *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, México: Porrúa.

HOBBS, Thomas (2003), *Leviatán*, Buenos Aires: Losada.

⁶ Esta temática fue abordada en una ponencia que presenté para las *Primeras Jornadas de Jóvenes Investigadores en Derecho y Ciencias Sociales: Sociedad, Derecho y Estado en cuestión*, titulada “Principios generales del anarquismo”, donde desarrollé la idea del *triángulo virtuoso de libertad, igualdad y fraternidad*. La ponencia puede leerse en la *Revista Electrónica del Instituto de Investigaciones Ambrosio L. Gioja. Núm 6*, disponible en: http://www.derecho.uba.ar/revistagioja/articulos/R000E01A005_0051_p-d-politica-y-filosofia.pdf

HOBBSBAWM, Eric (1995), *Historia del Siglo XX*, Barcelona: Crítica.

HOBBSBAWM, Eric (1971), *Las revoluciones burguesas*, Madrid: Guardarrama.

HORKHEIMER, Max (2010), *Crítica de la razón instrumental*, Buenos Aires: Terramar.

HORKHEIMER, Max y Theodor ADORNO (2009), *Dialéctica de la ilustración*, Madrid: Trotta.

HOROWICZ, Alejandro (2005), *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires: edhasa.

KROPOTKIN, Piotr (2008), *La moral anarquista y otros escritos*, Buenos Aires: Anarres.

LOCKE, John (2007), *Ensayo sobre el gobierno civil (1690)*, Buenos Aires, Gradifco.

MARX, Karl y Friedrich ENGELS (2008), *El manifiesto comunista*, Buenos Aires: Ediciones Libertador.

MELLON, Joan Anton y Encarna RUIZ (2006), “Fascismo: la utopía fascista”. En: MELLON, Joan Anton (cord.), *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos*, Madrid: Tecnos.

MELLON, Joan Anton y Esteban MARCO (2006), “Pensamiento contrarrevolucionario (de Maistre a Maurras)”. En: MELLON, Joan Anton (cord.), *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos*, Madrid: Tecnos.

NIETZSCHE, Friedrich (2008), *La gaya ciencia*, Buenos Aires: Gradifco.

PIZZOLO, Colagero (2002), *Globalización e integración*, Buenos Aires: Ediar.

PLATÓN (2007), *La república*, Madrid: Espasa.

ROUSSEAU, Jean Jaques (2007), *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Barcelona: Folio.

SCHMITT, Carl (2002), *Concepto de lo político*, Buenos Aires: Struhart & Cía.

SCHOPENHAUER, Arthur (2005), *El amor, las mujeres y la muerte*, Madrid: Edaf.

VENTURA, Any (2011, 16 de enero), “Jorge Lanata: Estos políticos me parecen pobres tipos”. En: *La Nación Revista. Núm. 2167*, Buenos Aires.